

La esperanza aún no llega

Por: Miguel Ángel Flórez

No recuerdo un solo día en mi vida en que esta ciudad fuese aparentemente tranquila. Bogotá se mueve al ritmo del rock&roll y las nenas y los nenes jugamos a movernos al compás. Desperté y como de costumbre encendí un Lucky Strike para ver las noticias del canal 5. Un poco de sangre, un poco de ladrones, un poco de mierda, nada fuera de lo común. Apago el televisor y tomo una ligera ducha. En esta ciudad algunas veces el aire te hiela y algunas otras te hace sentir el infierno debajo del pellejo. Trato de prever la ropa adecuada para la bipolaridad del clima y me sirvo un trago de vodka como desayuno. Sé que una vez afuera, las paredes de mi cueva no estarán para alivianar la cólera de la capital, así que bebo un poco más, recojo mi mochila y salgo.

Afuera, mi zona de confort disminuye a lo más mínimo, la calle es peligrosa, las paredes tienen ojos, los ladrones asechan y yo no pienso ser su presa. Camino algunas cuadras con los ojos bien puestos, soy un tipo duro y a pesar de recorrer estas calles a diario, hoy no me apetece una herida con acero oxidado. Subo al alimentador, 11.10 Bilbao. Las miradas generalmente son esquivas, las personas miran el suelo disfrutando los placeres de un lunes a las 9 de la mañana. Me pongo mis audífonos y me escapo de la incomodidad del sistema. Llego al portal y la gente empuja para llegar a tiempo a sus trabajos, la intolerancia y la eficiencia del servicio aumenta las posibilidades de confrontaciones entre las personas. Las personas nunca se adaptan al ritmo frenético de la ciudad, la ciudad es furia y la furia enseguece. Hago fila en el servicio H15 que se dirige al portal del Tunal. ¡NO EMPUJEN! grita la gente. Es el mismo cuento todos los días.

Soy uno más en la pila de desempleados de Bogotá. Hace calor y por ahora no parece buena elección la chaqueta de cuero y el pantalón ajustado. Me bajo en la estación de la Calle 76 y voy a buscar trabajo. Algunos cuentan con buena suerte, otros cuentan con la experiencia, para los demás su dios

es un tal “palanca”. Imprimo dos hojas de vida y camino por la 76 en sentido oriente. Los transeúntes parecen no tomarse nada con calma y eso me gusta. Todos caminan con prisa y me hace sentir especial ir fumando un cigarrillo a paso de tortuga. Las nenas en vestido con gafas sexys de mujeres importantes, los nenes en traje con corbata sexy de hombres importantes. Otros nenes y nenas vendedores rebuscan el dinero en las calles, que “amigo el minuto a doscientos”, que “carcasas para celular”, que “tinto, perico, aromática”. La ciudad tiene prisa y yo entiendo su ritmo.

Recuerdo cuando era niño y Bogotá para mí era el parque, el colegio, las casas de mis familiares y el centro donde se compraba la ropa. Era sencillo imaginarme la ciudad y saber justo lo que tenía que saber. Pero crecer implica conocer y me di cuenta que aquello que veía no era tan sencillo. Nunca fue tranquilo, siempre habían tombos y ambulancias, repaso los espacios y entiendo que hacían los nenes en la esquina, entiendo a que olía, entiendo porque las nenas parchaban con los nenes. Hace un mes cumplí 25 años y celebre con una botella de vodka de doce mil pesos en el centro con algunos de mis amigos. Mi familia, o lo que queda de ella, no se acordó o quizás sí y no quisieron llamar. Sé que ella me saluda siempre desde arriba y él debe tener familia y no recuerda que soy su hijo. Desea estar en aquel parque, en aquellas casas familiares, en el centro comprando ropa, desee no conocer tanto y quedarme en lo sencillo.

Después de subir al oriente por la 76 entre a Unilago y busqué locales comerciales donde necesitaran vendedores. Dejé las dos hojas de vida allí y pensé que era estúpido estar buscando trabajo, hacía rato que lo estaba haciendo y no me habían llamado siquiera a una entrevista. Pronto me iban a correr del cuarto y el dinero que me restaba alcanzaba a penas para el vodka, los cigarrillos y el almuerzo diario. Estoy flaco y mal de ropa, no tengo traje y corbata sexy de nene importante y ese quizás sea el motivo por el cual no llaman. Todos se ven aún con más prisa al medio día, el sol me quema el culo y tengo que ir al centro a comer corriente de dos mil quinientos. Camino por toda la 13 en sentido sur y me encuentro con un compañero del colegio. Él cree que es un nene importante pero para mí sigue siendo escoria. Va camino al restaurante, me dice que si quiero acompañarle y evado inventando que tengo una cita de negocios. ¿Con esa

pinta? si, es mejor que no te enteres en que ando metido. Se despidió rápidamente y siguió su camino.

La ciudad tiene hambre de ti, hambre de que te consumas a ti mismo con un horario de tiempo completo, que quemes tus sueños. La ciudad revienta todos tus anhelos, revienta todos tus propósitos, en la ciudad eres alguien para ti mismo y para quienes te conocen. Para la ciudad eres basura parlante que deambula todos los días por los mismos sitios. La ciudad no te conoce, ni quiere conocerte. Tú crees conocerla muy bien, crees tener el control de tú vida y de repente estas sentado en una banca viendo que ficha mover para conseguir algo de dinero. Los nenes de la calle no tienen nada y para ellos está bien así, se han desligado del tiempo y viven con hambre pero a su antojo. La ciudad es su hogar, es su cueva y no le temen a su cólera. Yo solía tener un hogar en una casa normal con todo y familia, el carro de un nene se la llevo a ella y ni hogar, ni familia quedaron para acudir en mi nombre.

Me tomó dos horas llegar al centro y entrar a mi restaurante preferido. “Donde Nancy” me conocen muy bien, saben mis gustos y también saben que no ando muy bien por estos días. Lo más extraño es que nadie se llama Nancy y nunca antes ha habido una Nancy allí. El dueño dice que el nombre le importa un culo, que solo quiere hacer dinero y lo entiendo. Me sirven frijoles, arroz, ensalada y carne asada, la gaseosa me la regalan por ser cliente habitual. Mientras como, escucho una pelea en la mesa contigua. Al parecer una nena de unos 27 años se ha quedado sin dinero y no puede pagar la cuenta. Mide unos 160cm, es delgada, su cabello es rubio de tinte con raíces castañas, sus ojos son verdes y tiene unos lindos senos. Consulto mi bolsillo y decido cancelar lo que debe. Ella me lo agradece con una sonrisa y se va. Que idiota, pensé, ni siquiera le pregunte el nombre y ya le he pagado el almuerzo, es una chica que sabe salirse con la suya. No sé qué problemas tendrá y pensé que no me importaría hasta que salí del restaurante, y escuche su voz...

- ¡Oye! muchas gracias por pagarme el almuerzo.
- Considéralo mi buena acción del día — Respondí.
- Entonces, ¿Fue caridad?

- ¿Cómo es tu nombre? — Pregunté.
- Me llamo Esperanza.
- No es un nombre que haga juego con estos días y no, no fue caridad
- ella sonrió.
- ¿Entonces qué fue?
- ¿Siempre quieres saberlo todo?

Esperanza se ve más buena ahora que su voz hace juego con todo su cuerpo. Me preguntó que si quería acompañarla a dar una vuelta por la candelaria y le dije que si el vodka hacia parte de su dieta por mi estaría bien. Compré la botella y empezamos a beber en la plaza de bolívar. Los locos piden monedas, los hippies hacen manillas. ¿Ustedes son pareja? Dice uno de los últimos, les hago la manilla para el amor. Si, somos pareja, dijo ella, ¿tienes algo de marihuana que nos vendas?, nos vendría mejor que una maricona manilla. El hippie saca un paquete y le vende tres gramos. ¿Tienes dinero para marihuana y no para tu almuerzo? Pregunte a esperanza. Si, respondió, después de todo siempre aparece un idiota que termina pagándolo. No quise preguntar por qué me había invitado a dar una vuelta con ella, tampoco quise pensar a cuántos les había dicho lo mismo. Simplemente es hermosa y eso es lo único que me importa ahora. En la candelaria hay un ambiente menos denso que en el resto de la ciudad, al parecer esta es una buena zona para tomar un respiro, es como un parque lleno de locos, tombos y palomas. La candelaria es lo de mostrar en Bogotá, aquí se ven turistas admirando la arquitectura de las casas y tomándose fotos con “nuestro patrimonio cultural”.

Esperanza armó el porro y subimos al Chorro de Quevedo a terminarnos el vodka. Me dijo que parecía un nene solitario, que tenía unos ojos lindos y un corte de cabello particular. Le agradecí sus elogios con la mirada y me pasó el porro. Le dije que era muy temprano para estar tan jodidos, ¿a quién le importa si son las cuatro de la tarde o las diez de la mañana, si es lunes o es viernes? A mí no me importa y al parecer a ti tampoco, ¿por qué no vamos a tu casa? Agregó. A esta hora los nenes y las nenas salen de sus oficinas y las calles se inundan en personas. Las personas corren por llegar a sus hogares, por besar a sus hijos, por darle de comer al perro. Las personas salen disparadas y no quieren asumir el riesgo de quedarse en las calles, buscan su cueva lo antes posible. Las personas son un caos

controlado de la gran ciudad. Yo no comprendo muy bien este estilo de vida moderno, no sé si esta ciudad tiene la virtud de convertirnos en fieras dispuestas a atacar cuando sea necesario. Muchas de las personas que vienen a vivir su bogotándream se sorprenden al ver el rock&roll tan de cerca, para ellos existe Diomedes Díaz, el Joe Arroyo, Rafael Orozco, pero no el rock&roll. Cali tiene la salsa, la costa el vallenato, los Llanos unos monigotes gritando. Pero Bogotá carece de un ritmo preciso. Si me preguntaran a Bogotá le sienta bien el rock.

Llegamos a casa a eso de las siete de la noche. La señora Marta me recuerda que las visitas son hasta las nueve: No se preocupe doña Marta, ella es una prima, ¿cuántas primas tiene usted joven? No tantas como cree. Esperanza se molesta pero le digo que nunca había entrado una mujer tan hermosa a mi cuarto y me da tremendo beso. Entramos a mi apartamento que queda en un cuarto piso, aquí viven muchas familias, muchos borrachos, muchos perdedores y yo. Esperanza se quitó la blusa y el pantalón, me pidió algo para estar más cómoda y se recostó en mi cama. Encendí el televisor para ver las noticias. ¿Qué carajos te importa este país? Me preguntó con voz punzante, me importa una mierda pero me gusta saber que hay otros que están más jodidos que yo, ¿para qué?, para saber que no estoy perdido. Se levantó y desconectó la televisión de un tirón al cable, me dice que quiere que la acaricie. La traje hacia mí, los dos frente a frente, ensimismados, de pie, frente a la cama. Aparté el cabello de su cuello y acerqué lentamente mi olfato al delicado sostén de sus cuatro sentidos, olía a vida, olía a hierba, olía a perfume barato, era elegante aquel cuello. La bese, le quite mi ropa, le quite sus cuquitos, le quite el brassier. Me gusta el olor de su cuerpo, me gustan sus ojos en la oscuridad. Acaricié mi espalda hasta llegar a mis nalgas y se adelantó a quitarme el pantalón. Bajó hasta el piso con sus rodillas y deslizó mis bóxers. Puso mi sexo en su boca, realmente sabia hacerlo, no sentí sus dientes una sola vez, se deslizaba plácidamente hacia arriba y hacia abajo, no hacia ruido alguno excepto el de la saliva llenando su boca esperando salir por algún espacio. No quería que todo acabase allí y la levante cuidadosamente para luego tirarla sobre mi cama. Entre en su cálido sexo, húmedo, acogedor. Entraba y salía, mi sexo en su sexo. Yo bajaba de vez en cuando para volverla loca con mi lengua, en sus pliegues, en su infinita y diminuta montaña. Se hizo

de espaldas hacia mí y me pidió entregar todo cuanto pudiese sobre sus nalgas. No me había exigido condón.

No sé qué sería de mi vida sin la música y el alcohol, me han sabido cobijar de esta absurda realidad. Me han dado un espacio para conocerme a mí mismo. Me levanto de la cama y prendo el estéreo. Esperanza se despierta y dice que también le gusta el rock. No había encontrado chica más adecuada para mis demonios que ella. Le pregunté por su vida y me dijo que su nombre era lo único que tenía que saber. Me fumo un cigarrillo viendo hacia la calle y recuerdo lo bien que huele su piel. La ciudad está tranquila, llueve y no sé ve un alma. Nunca había visto las calles de esta manera, pensé, y sentí un frío recorrer toda mi espalda. Esperanza me pidió recostarme de nuevo y darle una nueva sacudida. Al terminar, tomó una ducha y se vistió.

- ¿Te vas? — le pregunte.
- No tengo dónde vivir — Respondió — tengo mi ropa donde una amiga, pasaré allí y luego buscaré un cuarto en el centro.
- Son las diez de la noche, no encontrarás nada mejor que el Santa Fe.
- ¿y si traigo mi ropa a aquí? — Preguntó riendo.
- Tendrías que pagar la mitad del alquiler.
- Yo podría con eso ¿puedo vivir aquí?
- Si no tienes Sida, sí.
- ¿No crees que pensaste en ello muy tarde?
- Me importa una mierda
- No te muevas, iré por mis cosas.

Ahora estoy viendo por la ventana y me fumo un cigarrillo. Que buenos senos se manda esa mujer, Esperanza, quién iba a pensarlo, Esperanza, ese nombre no hace juego con estos días y aun así estoy aquí esperándola. No se ve nadie afuera, la prisa de las personas termina en sus camas, con sus familias, alejados de cualquier pila de cemento. A la mayoría les disgusta el caos de Bogotá. A Bogotá le basta solo un momento de descuido para hacernos sentir toda su furia. A Bogotá le sobran pretextos para dejarnos en un cajón. En Bogotá no son las personas quienes matan, es el hambre, es la necesidad, es la falta de oportunidades. Bogotá es una buena ciudad

si tienes el talento para vivir sin rezongar. Bogotá es rock&roll, es Hendrix incinerando su propia guitarra. Bogotá es una buena ciudad para ser nadie. Me gusta Bogotá, me gusta su ritmo inagotable. Doy la última calada del último cigarrillo de una caja de veinte y Esperanza aún no llega.